

LA SONRISA DE LA TIERRA

Ramón Villeró

La sonrisa de la Tierra

Autor: Ramón Villeró

Diseño de la cubierta: Viajes Magazine

© Ramón Villeró

Primera edición digital. febrero 2012

ISBN: 978-99920-1-865-1

Este libro está dedicado a los niños

El Espíritu del Valle nunca muere.
Llámanle la Hembra Misteriosa.
Y el umbral de la Hembra Misteriosa
es la base de donde surgen el Cielo y la Tierra.
Está ahí, dentro de nosotros, todo el tiempo.
Extrae de ella tanto como quieras; jamás se agota.

Lao Tse

DESIDERATA

Ten los pies en el suelo y la cabeza en el cielo. Cuando camines de noche mira las estrellas; interésate por cuando la luna crece y cuando mengua y aprende a localizar algunas constelaciones. En algún momento de tu vida duerme al raso: la espalda contra el calor de la tierra; los ojos mirando al cielo.

Siempre que hables con otra persona ponte por un momento en su lugar; imagina que tú eres ella; seguro que la entenderás mejor.

Aunque cueste algo de esfuerzo, mantén siempre una pizca de alegría en tu ánimo; la alegría es contagiosa y comunica a la gente.

Intenta comprender a los niños, y adáptate en lo posible a su mundo; también ellos habitan la Tierra. Cuando camines y te encuentres con un niño, abre bien tus ojos y sonríele.

Trata a las personas como te gustaría que te tratarasen a ti, de esta manera tu mundo será más hermoso y habitable. No esperes milagros de los demás, ni te ofendas por el olvido de los otros. Confía en ti mismo y no hagas caso de adivinos y curanderos. Aliméntate de la mejor manera posible, sana y racionalmente, sin caer en los excesos. Tu propio cuerpo es el mejor médico, quien mejor te conoce.

Piensa que las personas silenciosas son a menudo intuitivas. Respeta su silencio y aprécialo tanto como la compañía de un buen conversador. Las grandes ideas nacen del silencio y la meditación.

Reconoce a Dios en todos los dioses y en todas las culturas. Alá, Yahvé, Buda o Krishna participan del mismo principio.

Ejercita tu cuerpo. Respira aire puro y camina al menos durante media hora cada día. Cuando estés solo, habla de vez en cuando con los animales y las plantas. Lee y mira con tranquilidad a la gente que

te rodea. Observa como transcurre la vida, como se mueve el mundo. Regálate de vez en cuando con la contemplación de un hermoso paisaje en las montañas o junto al mar.

Escribe y pinta, aunque pienses que no lo haces bien. Escribir te ayudará a conocerte. El dibujo y la pintura relajarán tu mente.

Y verás como tu vida resplandece; sentirás tus pies más ligeros y la conciencia más ancha. Quizás no lograrás cambiar el mundo, pero empezarás a saber de ti mismo.

PRIMERA PARTE

ÁFRICA

Hay quienes quieren llegar a la luna, mientras nosotros aún estamos tratando de llegar a la aldea.

(Julius Nyerere, presidente de Tanzania)

El aprendiz

Mi padre me enseñó que si te conoces a ti mismo las reglas que rigen tu vida conforman el mundo entero, y dijo que esas leyes no conocen el paso del tiempo.

A mediados del siglo XX, Tombuctú todavía señalaba la puerta de salida del desierto. El aire era limpio y el cielo de un azul intenso. Las caravanas que llegaban cargadas con la sal extraída de las salinas de Lylil y de Teghazza, o más al norte del importante centro de Sidjilmasa, en la frontera con Marruecos, se detenían durante un par de días en las afueras de la ciudad antes de proseguir su viaje hacia el sur.

A mí, a Abdel Mansur, el hijo menor de Yusuf, la sola cercanía de la caravana estimulaba mi imaginación y me hacía soñar en tierras diferentes al otro lado del Sahara, o más hacia el sur, siguiendo la corriente del río Níger. Pensaba que algún día no muy lejano viajaría hasta Addis Abeba o atravesaría el Gran Erg, alcanzaría las montañas del Atlas, y seguiría el camino hacia Europa.

Ibrahim, mi *sheij* y maestro, que me enseñó a interpretar el Corán y me habló de Jesucristo y de Buda, pero también de Homero, de Troya y de Ulises, decía a menudo, al igual que mi padre, que en esta vida es necesario conocerse a sí mismo, aunque si he de ser sincero durante los años de infancia y adolescencia siempre me pregunté cómo era posible conseguirlo y si había algún sistema que yo desconocía.

El polvo del desierto era tangible, presente; cubría la piel y se depositaba en las cuencas de los ojos. Provocaba escozor y algunos hombres enfermaban por su causa. El conocimiento era un tema más peliagudo. No era apresable, ni moldeable. No había ninguna prueba física que demostrase que un hombre se conocía a sí mismo. Tampoco parecía tener relación alguna con las enfermedades.

Con Ibrahim y también en la escuela francesa aprendía. Estudiaba fórmulas algebraicas; podía imaginar un plano del mundo; sabía de otras formas de vida; me adentraba en la Historia y en las enseñanzas del Corán pero era incapaz de atravesar mi propia piel: ver qué había dentro. Una cosa es el aprendizaje y la cultura, otra bien distinta conocerse a sí mismo.

Ibrahim hablaba de paciencia y de la necesidad de leer a menudo, de escuchar en boca de otros las historias del hombre.

—Señor, ¿cómo llega el hombre a conocerse a sí mismo? —le pregunté a mi padre una noche que de viaje al mercado de Gossi, acampamos en las planicies de Gourma.

Yusuf, mi padre, ya anciano, pareció meditar la respuesta y se tomó su tiempo en responder; siguió preparando el té; después me ofreció el primer vaso, té amargo y fuerte, se sirvió el suyo e inició los preparativos para el segundo.

—¿Qué luna hay hoy? —preguntó rato después.

—Luna creciente —dije sin vacilar.

—Ahora no puedes verla, ¿cómo lo sabes? —inquirió con delicadeza.

—Estuvo suspendida en el cielo hace un rato, antes de que desapareciese tras las dunas —respondí.

—¿Podrías asegurar que la has visto esta noche —preguntó con cariño— o podría ser fruto de tu imaginación?

Me estiré sobre la arena; las estrellas titilaban en el cielo del Sahel; sentía el calor de la Tierra contra mi espalda; mis ojos vagaban por el espacio. En realidad no sabía si había visto la luna aquella precisa

tarde, si la había visto ayer, delgada como una hoja, o si acaso la había imaginado; sin embargo, respondí.

—Sé que estuvo ahí—dije reincorporándome y mirando a mi padre a los ojos.

—Claro, Abdel, estás acostumbrado a la luna, a su movimiento sobre el desierto; sabes que está creciendo y que se ha ocultado hace un rato, aunque no seas consciente de haberla visto. Sabes cuando crece y cuando mengua. Sigues su curso para saber cuanto falta para el Ramadán. Este es un tipo de conocimiento universal, basado en la observación. Hay también hombres que se observan a sí mismos y que al cabo de los años se conocen intuitivamente —mi padre hizo aquí una breve pausa y me sonrió con ternura—; pero a esos hombres les ocurre lo que a ti con la luna. Se conocen, pero no podrían asegurar si se han visto a sí mismos.

Así que el conocimiento era intuitivo. Yo era joven, pero también algo terco, y fuera lo que fuese el conocimiento me costaba reconocerlo, e incluso imaginarlo. Sin embargo sí sabía algunas cosas acerca de mis deseos y aficiones.

A los diez años me enamoré de Fatma, aunque sus ojos oscuros y profundos me parecían tan inaccesibles como el conocimiento. Ella estaba muy lejos de mí. Pensé que el amor y el conocimiento eran un poco lo mismo, participaban de la misma esencia.

Deseaba a Fatma y deseaba conocerme a mí mismo; Fatma apenas me miraba y el conocimiento parecía oculto. Por otro lado quería viajar, conocer mundo; todo mi ser se concentraba y expresaba en el puro deseo: deseo de amar, deseo de viajar, deseo de conocer.

En Tombuctú vivían algunos hombres sabios y muchos hombres doctos. El sabio se conoce a sí mismo; el hombre docto gracias a su

capacidad de estudio ha adquirido más conocimientos que el común de la gente, pero no deja de ser parecido a un gran libro, o a un magnetófono; sin embargo, yo creía que la memoria y el estudio no eran suficientes.

Ibrahim era un hombre sabio. Pienso que tanto él como Yusuf, mi padre, se conocían a sí mismos; fuera de ellos había gente culta, pero también demasiado estricta. Había grandes teólogos del islam, pero sus mentes parecían cerradas y obtusas. Los objetivos de Hamid, el tuerto, el padre de Fatma, por ejemplo, no eran para mí nada claros.

Solo en unos pocos hombres resplandecía la luz. Y eso sí sabía intuirlo, igual que las fases de la luna.

En sus enseñanzas, Ibrahim me hablaba de viajeros, de Ibn Batuta y de Ibn Yubar que en los siglos XIII y XIV recorrieron los confines del mundo islámico.

Yo, desde muy pequeño, quería viajar. Pensaba que esa necesidad de conocimiento a la que mi padre recurría con frecuencia, se hallaba también más allá de mi mundo conocido, lejos de Tombuctú.

—Estudia, Abdel Mansur —solía decir Ibrahim—. Estudia y enseña Tombuctú a los visitantes. Cuando seas mayor podrás ser un gran viajero. Prepárate ahora para conocer más adelante el mundo de allá fuera.

Había pocos visitantes, pero los había. A principios de los años setenta, Tombuctú despertaba algunas pasiones. Llegaban extranjeros, ya no con las caravanas, sino por carretera desde Bamako. Hombres y mujeres que vestían al modo occidental y que de alguna manera desviaban mi atención del olvido de Fatma. Aún no había cumplido los doce años, pero conocía a la perfección la historia de mi ciudad.

Las noches de Tombuctú eran hermosas, fascinantes. Y era en esa virginidad azul donde yo me colaba para enseñar Tombuctú a los extranjeros. Nadie podía hacerlo mejor que yo. Otros jóvenes se

disputaban el privilegio de enseñar la ciudad y sus alrededores a la luz del día, pero nadie invadía mi territorio nocturno.

Tombuctú inmersa en la casi completa oscuridad solo quebrada por el crepitar de algunas brasas en el hogar y las sombras que proyecta la luz del candil, bajo el manto inmenso y azulado de la luna llena, casi desierta y silenciosa, es una de las ciudades más bellas de la Tierra. Un lugar donde Alá, el espíritu de Dios, está cerca de los hombres.

2

El hombre invisible

Mi madre, Soraya, era una niña hermosa; tenía los ojos oscuros, la piel morena. Digo niña porque mi padre la doblaba en edad, aunque contrariamente al común de la gente en el Sahel, ella fue su única esposa.

Viajábamos a menudo acompañando a mi padre. De pequeña estatura y ágil en extremo Yusuf tenía ascendencia tuareg y llevaba en la sangre la caricia del desierto. Su familia había abandonado el nomadismo para establecerse en Tombuctú, pero él siguió comerciando con algunas caravanas, organizando otras, recorriendo el Sahara durante toda su vida.